

SAAVEDRA RAMÍREZ, ÁNGEL DE. DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

ROMANCES

INDICE:

LA VUELTA DESEADA
EL SOMBRERO
EL CONDE DE VILLAMEDIANA
ALVARO DE LUNA
EL ALCÁZAR DE SEVILLA
UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA
EL FRATRICIDIO
UN EMBAJADOR ESPAÑOL
LA MUERTE DE UN CABALLERO
AMOR., HONOR Y VALOR
LA VICTORIA DE PAVÍA

LA VUELTA DESEADA

ROMANCE PRIMERO

Entro aquellos olivares
que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,

Por un atajo atraviesa,
Para llegar más de prisa,
Una carretela verde
Con una gran baca encima;

Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente

Y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos,
De ella presurosos tiran;

Y del postillón las voces
Con que los nombra y anima,
Del látigo los chasquidos
Que los acosan y hostigan,

El son de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas,

Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan
A los carros y arrieros,
Que hacia un lado se desvían.

Dentro de la carretela
Un hombre aun joven, camina,
Que revuelve a todos lados
La desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna
De su patria a las delicias,
Después de vagar seis años
Emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes,
Dulces memorias antiguas:
Lo pasado y lo presente

Anudando va, y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
Desventuras, injusticias,
En sus más floridos años
Lo arrancaron de Sevilla,

Abandonando riquezas,
Honores, nombre y familia,
Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno
De toda la Andalucía;
Y por sus luengas pestañas,
Por su apacible sonrisa,

Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas,

Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva,
El hechizo de los hombres,
De las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba
Cuando Vargas ¡alta dicha!
Logró conmover su pecho
Y agitar su alma sencilla;

Al par que el amable joven
Ardió en la pasión más viva,
Al mirar a una doncella
Tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
Creció desde la hora misma,
Y el trato y correspondencia
Acrecentó en pocos días,

Un primer amor de aquellos
Que las estrella combinan,
Amor que de dos personas
El destino fija.

En los lazos de himeneo
A unirse dichosos iban,
Con el aplauso felice
De sus contentas familias,

Cuando se alzó tronadora
La borrasca embravecida,
Que ¡infelices! confundiólos
Del infortunio en la sima.

Seis años ¡oh cuan eternos!
Vargas por tierras distintas
Huyó infelice, luchando
Del Destino con las iras,

Sin encontrar de consuelo
Ni de esperanza mezquina,
Un solo sueño de noche,
Un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades
Estatuas le parecían;
Las ciudades opulentas
Que el orbe orgulloso admira.

Desiertos... ¡Ay! pero puede
Feliz llamarse en sus cuitas,
Venturoso en su destierro,
Fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia
En el pecho de Jacinta,
Que la distancia y el tiempo
Al que es verdadero afirman.

De cuando en cuando se cruzan
Papeles que lo acreditan,
Cartas trazadas con llanto,
Cartas con el alma escritas.

ROMANCE SEGUNDO

Todo el mundo es mudable,
Ni el bien ni el mal son eternos:
La apacible primavera
Sigue al riguroso invierno.

A la obscura noche el día,
Y a la borrasca, que al cielo
Empañó con densas nubes

Y asustó con rudos truenos,

La calma serena y pura.
Así suelen a los tiempos
De desventuras y llantos,
Seguir de paz y consuelo.

Del Rhin en la orilla helada,
Abrumado de sí mismo,
Vargas proscripto gemía,
Su fortuna maldiciendo,

Cuando noticias recibe
De que la patria le ha abierto
Lar, puertas... Júzgalo absorto
Ilusión de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe,
Y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta ...de la madre
De Jacinta ... que al momento,

Vuele a Sevilla, le ruega,
En donde dará Himeneo,
El día de su llegada,
A tan constante amor premio.

No la paloma, que presa
Llora en doloroso encierro,
Si acaso un resquicio mira,
Tiende apresurado el vuelo

Hacia el palomar y nido,
En donde vió el sol primero;
Ni el torrente, a quien contuvo
El malecón interpuesto,

En cuanto lo encuentra roto,
Se arroja a su antiguo lecho,
Y por él se precipita
Hacia la mar, que es su centro,

Tan veloces como Vargas;
Corre, sin tomar resuello,
A Sevilla: los instantes,
Son Para él siglos eternos.

Montes, llanuras, ciudades,
Ríos, Estados diversos
Atrás deja, y los caballos
De tardos acusa y lentos.

Ya salva las altas cumbres
Del nevado Pirineo,
Y entra en España; ya escucha
La lengua de sus abuelos

¿Qué importa? Ni un solo instante
Retarda su raudo vuelo.
Halla a cada paso amigos,
Halla intereses y deudos:

No se para, corre, corre,
Que tiene en Sevilla puesto
Su afán, y hasta que descubra
La Giralda no hay sosiego.

Apenas ha quince días,
Que en las márgenes del Reno
De su Jacinta la carta
Leyó, juzgándolo sueño;

Y los caños de Carmona
Ve a su siniestra creciendo,
Y aj frente la antigua puerta,
Para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira
En mantilla y de paseo,
Que es Jacinta que le espera,
Juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña
Y en otra que ve más lejos
Jacinta fuera de casa
Está, sí, sale a su encuentro.

Era en punto mediodía:
Entra por fin, Y Molestos
Los guardas el carruaje
Detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,
Por que le detengan menos:
"Corre", al potillón le grita,
Y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
Echa pestes y reniegos
A cada lenta carreta.
A cada corro interpuesto,

Que a templar el paso obliga
De los caballos ligeros,
Y anheloso a verse llega
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
El triste son desde lejos,
Se aproxima, y por la calle
Que va a tomar, un entierro

Pasa. Con hachas de cera,
Pobres, vestidos de negro,
Van de dos en dos; los siguen
Las cofradías; a lento

Paso un féretro se acerca,
De un blanco paño cubierto,
Con una palma, y corona
De blancas flores... ¡ Agüero

Terrible! que es de doncella
Principal y de respeto
El funeral le parece
Hierve taciturno el pueblo

En derredor. Manda Vargas,
Turbado con tal encuentro,
Que tome por otra calle,
Al postillón. Revolviendo

Este los caballos, torna
Por un callejón estrecho,
Y a la calle ansiada llega
Después de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones

Está, mostrando en sus gestos
Sorpresa de que en tal día
Llegue a la casa un viajero.

Párase la carretela;
La puerta está abierta, yermos
El ancho portal y el patio;
Reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea,
Corre a la escalera presto,
De ella por un lado y otro
De cera advierte un reguero

Reciente. Veloz la sube,
Abre la mampara... ¡Cielos!
Colgada está la antesala
Enredor Con paños negros

Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros

De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siemprevivas y romero.

¡ Dios!... ¡ Pobre Vargas! Absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro

Gira en derredor; se ahoga
Sin respiración su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;

Cuando se abre lentamente
Una puerta, que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo

Viene a una madre infelice),
Queda inmóvil a Vargas viendo.

Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo,

" ¿Dónde está?"... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;

Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,
Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto

Desaparece. En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.

Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto a la Torre del Oro,
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no lejos
De Gelves, a las dos noches
Unos pescadores vieron,

A la luz de escasa luna,
De un joven ahogado el cuerpo,
Vestido aun. Procuraron,
Compasivos, recogerlo;

Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente

Llevó el cadáver. Suspensos

Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto en las aguas,
Y de vista lo perdieron.

EL SOMBRERO

ROMANCE PRIMERO

La tarde

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,

Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;

Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
O contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
A ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,

Estando el viento adormido,
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,

Sino el grito de un milano

Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua,

La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolón de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;

Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada
Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,

Y el pie, primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,

¡Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama

En toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,

En el peñón, que lejano
Apenas se dibujaba
Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo), clava.

Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman, un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve a Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡ Ay triste!
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,
Más fuerte, más poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la humilde torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:

"Sí, mi bien; sin ti la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
A quien ciego te idolatra.

"Contigo nada me asusta,
Sin ti todo me acorbada;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolución, y basta.

"Resolución, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.

"En cuando venga la noche,
Volveré sin más tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,

En una segura lancha.

"Espérame, vida mía:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento a la plaza

"De Estepona, allí pregono
Mi proscrito nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas."

Se estremeció Rosalía,
No leyó más, y borran
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.

Llévala a los labios fríos,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, "Estoy resuelta",
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñón (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diría
Del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
Que se mueve a gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡oh Dios!... ¿Será?... La escasa

Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Obscura y encapotada;

Y aun más el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol, ya puesto, la llama.

ROMANCE SEGUNDO

La noche

Entró la noche; con ella
Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó a moverse
Con un mugidor estruendo,

Las nubes, entapizando
El obscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras
En corto rato envolvieron
Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
Intenta... No, no hay remedio
Cierra los ojos e inclina
La cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;
Tiembra de terror su alma,
Tiembra de frío su cuerpo,

Si cualquier rumor la asusta,
Más sus mismos pensamientos;
Pues ni uno solo le ocurre
De esperanza o de consuelo.

Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: ¡cielos!

Son, sí, las del guardacosta,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!
A las ánimas de lejos
Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.

¡Oh, cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
Que la nombran. Gran silencio

Reinó después largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan a besar la peña;
De Rosalía los tiernos

Pies mojan...y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo
La reventazón inciertos,
Fugitivos grupos blancos
Le ofrecen del mar en medio,

Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
Cuando un lampo ve que llega
En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento

¡ Poumb!... y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.

Ve pronto hacia el lado mismo

Otros dos o tres pequeños
Fogonazos; mas no llega
El sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada
¡Poumb! otra vez... ¡Dios!, ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este son como el primero.

No hubo más: creció furioso
El temporal, y más recio
Sopló el Sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre
La bañan; estar más tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.

La lluvia cae a torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

ROMANCE TERCERO

La mañana

Raya en el remoto Oriente
Una luz parda y siniestra;
A mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
Ofrece Naturaleza,
Las olas como montañas,
Movibles y verdinegras,

Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se revientan,

Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,

Y la playa arriba suben,
Y luego a su centro ruedan

Con un asordante estruendo:
Silba el huracán, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolón mojado
Que, o bien la cine y aprieta,

O, agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;

Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,
Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
Sílfida, a quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.

Tiende, espantados, los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro o que consuelo
En tal apuro le ofrezca.

Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:

De ella no aparta los ojos,
la playa se estrella,
huir deja un sombrero
Cuando sobre la arena,

Y una tabla.-Rosalía
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, mientras las olas

Se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca

Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella

Una salobre montaña,
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan sólo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices fuera,

A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan;
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, obscura,
Movable, lo forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
Aunque es la reseca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando a su Rosalía,
A aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden enrededor los ojos,
Y nada ¡oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pie breve reconocen
Estampadas en la arena

"¡Rosalía! ¡Rosalía...
Gritan, y no oyen respuesta.
Van a la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde
Que le sirve de cubierta.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

ROMANCE PRIMERO

Los toros

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los días
De su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la Reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcón, vestido
De tapices y brocados.

En los otros, que hermocean
Reposteros y damascos,

Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,

Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos;
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardín do a impulsos del viento
Ondean colores varios.

Ante la Panadería,
Del balcón del Rey debajo,
Y de espalda a la barrera
En la arena del estadio,

La guardia tudésca en ala,
Parece un muro de paño
Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,

Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de Jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de Mayo.

Los alguaciles de corte,
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila a los lados.

El Rey, la Reina, los grandes,
Las damas, los cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos

En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo, al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero a caballo.

Vese en medio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,

Los cuernos ensangrentados,

Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el más bravo
Retinto, a quien dió Jarama
Hierba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,

Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos,

Que desdeñoso la tierra
Hiere a compás con los cascos,
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,

De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos

En el codón y en las crines
Soberbio ostenta y ufano,
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla
De terciopelo más blanco
Que la nieve, de oro y perlas,
Trencillas y pasamanos;

Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja de raso
Carmesí, calzas de punto,
Borceguíes datilados,

Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de a palmo.

Acompañanle dos pajes,
A pie, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano:

Síguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que, por respeto al toro,
Se van haciendo rehacios,

Puesto en medio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y a la Reina
Con gentil desembarazo.

Aquél, serio, corresponde;
Ésta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran Don Juan de Tassis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
De Madrid y España encanto

Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,
Pues susurran malas lenguas
Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valiente, Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso a paso.

Éste cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.

El paje de la derecha,
Con grande soltura y garbo,
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.

Embiste, pues; el jinete
Tuerce el bridón, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace un engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado
Le hostiga de frente el Conde;
Torna a embestir, rebramando,

El jarameño; parece
Que el caballero y caballo
Van a volar a las nubes,
Cuando de la fiera intactos

En primorosas corvetas

Se separan, y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,

Y desplomase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, do, clavado,

Medio rejón aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente Conde
Va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos,

Y "¡Viva!" el pueblo repite,
Y los caballeros "¡Bravo!"
Y "¡Qué galán!" las mujeres,
Haciendo lenguas las manos.

La Reina, que, sin aliento,
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa, respirando;

"¡Qué bien pica el Conde!", dice,
Y "Muy bien", los cortesanos
Repiten. El Rey responde:
"Bien pica, pero muy alto".

Y en el rostro de la Reina
Clavó los ojos un rato.
Ésta demudóse, y todos
Los señores de palacio,

En quienes opinión propia
Fuera un peregrino hallazgo,
Repitieron, no sabiendo
Lo que decían acaso,

Y de entrambas majestades
Queriendo seguir el rastro:

"Pica muy bien; mas debiera
Haber picado más bajo."

Dos toros más se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;

Mas es pretender lucirlo
Después del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto mediodía
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza, a palacio

Retiráronse los Reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,

Se apiñó en arcos y puertas,
Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió, que luego en pedazos

Por otras más dividióse,
Después en grupos, que al cabo
Reducidos a familias,
Muy pronto se dispersaron.

Tal vez así se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecón, y apretados

Torrentes por ellas salen,
Que luego en arroyos varios
Se dividen, y se pierden,
Finalmente, por los campos.

ROMANCE SEGUNDO

Las Máscaras y Cañas

Siguió el festejo a la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas
Que la regia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso Monarca

De clarines y timbales
Al son que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,

En orden y a lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas,
Y al Rey y a la Reina acatan.

De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,

Arbolando un estandarte
Con el blasón de sus armas,
Y de su música propia,
Al compás de las sonatas,

Mézclanse ligeras luego,
Formando mímica danza.,
En concertado desorden
De figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria;
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas;

Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas;

De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata;

Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas;
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;

De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas;
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,

Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta,

Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusión bigarrada.

Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonoras flautas;

Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el estoy,
Los caracoles de caza

Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aun más aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile,
Sepáranse las comparsas
Y hacia lados diferentes,
En orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,
Según la suerte la llama,
A saludar a los Reyes
Con solemnidad y pausa;

Y doblando la rodilla,
Ofrecen a su Monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen a correr cañas,

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas,
Que a unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles jinetes,
Que de dos en dos avanzan.

El Conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro,
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,

Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,

Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:

El arnés de hojuelas de oro,
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras,
Los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas,
Hacia el regio balcón ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;

y e, concurso, en gran silencio,
Curioso a la vista, clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;

Pues logrando de discretos
Y de, enamorados fama,
Interesa a todo el mundo
Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me (la vida quien me abrasa.

Un letrero solamente
Es la de Villamediana,
Que dice: Son mis amores...
Y luego reales de plata

Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglón acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.
La (jel de Villamediana
Despierta más confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene
El joven galán que alcanza

Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto
Y de sacarlos a plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran,
Por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra

Con el carácter del Conde
Esta explicación villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros, ¡bobada!

Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufón, que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los grandes
En el balcón regio estaba,
Malicias diciendo y chistes
Con insolencia y con gracia.

Y o por faltarle su astucia
Entonces, o porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba,

O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia,

Dijo: "Ta, ta; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales",

soltó la carcajada.

Trémulo el Rey y amarillo,
Y conteniendo la saña,
"Pues yo se los haré cuartos",
Respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la Reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas,

Se embistieron ... imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atención la Reina embarga.

Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversión, ya reflejo
Débil, copia degradada

De las justas, que ha dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria, que nunca gloria
En donde hay peligro falta,

Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban,
No los juncos inocentes,
Sedas, brocados y holandas.

ROMANCE TERCERO

El sarao

Mientras que la Monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,

Entre placeres se aturden,
Deleites sólo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El Rey de España y sus nobles

·
Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una Infeliz familia
El ciego destino pone;

Y en tanto el imbécil ríe,
Duerme el embriagado joven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.

Si alegre fué todo el día
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.

El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.

En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envía
A las celestes regiones :

De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la, tierra
Se estaba vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles ;

Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desaparece
Aquel gigantón enorme

De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró a la corte
Como trasunto o emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,
Donde el trono de dos orbes,
De oro y terciopelo, estriba
En colosales leones,

El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en orden,

En mancerinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan
En caprichosas labores.

En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sonos,
Las folías y chaconas,
Y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojín, para hablarle,
La rodilla, izquierda pone.

Allí en animados grupos

Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.

Estaban, pues... ¿De qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entonces

Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos, nuestros hombres

Que aun los vemos y tratamos,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El Fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote

Blancos como pura nieve,
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de joven.

La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria orden,
Y el fuego brilla en sus ojos,
Que hace a los mortales dioses.

Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los pies, de negro azabache
Melena y barba, mas noble

Aspecto; diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas, y aun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.

Es Don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo, torpe

Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
Son Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.

El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y a Madrid encanta
Por sus peinados sermones,

También es del corro; y luego
En él ufano ingirióse,
Aun tan niño que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,

Don Esteban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
De Villamedian el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano a Lope,

Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de Faetonte,

En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.

Góngora, que, envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.

Y todos le celebraban,
Aunque yo decir no osee
Si sus versos aplaudían

O su favor en la corte.

Don Francisco Manuel MeIo,
En quien se juntan los dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,

Allí está, aunque taciturno;
Sin duda abriga temores
De que el Duque de Braganza
Su osado intento no logre.

El gran Don Diego Velázquez,
De pinceles españoles
Gloria, también conversaba
Con tantos famosos autores ;

Pero lo que dicen ellos
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;

Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

También el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entonces,

Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte,
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble

El Conde-Duque ; se llegan
Los Grandes y Embajadores
Para hablarle, el Rey Felipe
Con gran cariño le acoge;

Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés, enredóse
En importante coloquio,
Que su atención regia absorbe.

La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,

En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche,
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores

Extranjeros en consulta,
Que ha de ser larga supone
La conversación, notando
Que hay vivas contestaciones.

Mas atenta, al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,

De una danza numerosa
Que empezó la gente joven
A enredar, aprovechando
La confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña
El favorecido Conde,
Que amantes favorecidos
Las más pequeñas conocen.

Pero no son ellos solos;
También ay! de ellas se imponen
Los celosos...El Monarca
La seña fatal recoge.

A salir Villamediana
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salón, cuando turbóle

El ver al Rey furibundo,
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
Ni a dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando
Un altercado con Lope

ROMANCE CUARTO

Final

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica
Daba hacia el jardín pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo,

Sin más luz que la, que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando a alguien la Reina
Está turbada, y con miedo.

Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo ;
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos ;

Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al Conde un aviso
Atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga

Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.

Mira, al ecuestre coloso,
Inmóvil, obscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla ¡ infelice! al verlo.

Alza a la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravía su mente,
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma o espectro,
En el corredor entróse
La parte obscura siguiendo,

Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo;
pero delicadas manos
Que agita un temblor. ligero.

Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa, lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:

"Déjame Conde – prorrumpe
Con dulces lánguidos ecos – ;
No es esta ocasión de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.

Déjame y escucha, Conde."
Libre la dejan en esto

Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola ¡ cielos!

Con su marido, que arroja
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta ;
Mas tienen el privilegio

Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de más ingenio.

Al oír que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno,
"Yo Conde?... ¿Yo?" En sí tornando
La Reina, responde presto :

"Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,

Después que habéis reprimido
La rebelión de aquel pueblo.
"Quedó pasmado el Monarca.
"Discreta sois por extremo

Repuso, y tras pausa leve —,
Mas qué infortunio tenemos?
"Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero

Es el trabajoso, dijo :
"No faltan, señor, por cierto;
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles 1ce reinos,

"Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro ;
Milán, donde la peste
Está tanto estrago haciendo,

"Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos..."
Aquí atajóla Filipo

Con voz de lejano trueno '.

"Basta, pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo ;
Tenéis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.

"Veréis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos."

Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció más terrible
De la luna a los reflejos,

Clavó en la Reina; mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues, temblando,
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela o se deshace un sueño,
Desapareció el Monarca ;
Fué a su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbato obedeciendo,

Por una encubierta entrada
Un humilde balletero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
Del Rey : ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron.

Sólo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
"Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto."

Al sarao y a los salones
Tornó Filipo muy presto ;
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,

Volvió a hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su señor encubría
Conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho
La Reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,
Al son de los instrumentos
Y a la confusión festiva,
El más profundo silencio.

Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría
Y tomaron los del duelo ;

Y a vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con. respeto,

Y éste con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras, afable, despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina
La favorita, corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,

Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde lejos :
Al fin le alcanza, va a hablarle,
Un papel lleva encubierto :

Cuando se para y se hiela,
Al Rey de repente viendo :
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.

El gran tropel que descende
Las escaleras, violento
Arrastra a Villamediana,
Que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aun no estaban, cual las vemos,

Alumbradas con farolas)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz : ¡Conde.! El cochero

Para al punto los caballos ;
Pregunta Orgaz desde dentro:
"¿,A cuál de los dos?" De fuera
"Villamediana", dijeron.

Villamediana, al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza, y pecho;

Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio,
Con tal furor, que a la espalda
Asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

ALVARO DE LUNA

ROMANCE PRIMERO

La venta

En 1a ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aun escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sartén apurando
Magras con tomate y huevos.

De maestresala servía,
Sin caperuza, el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.
Era, el uno, el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro, un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:

"¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?...
Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.

" Contestóle el religioso :
"Pues no os engañó, que es cierto
–Y continuó el padre Espina –.
"Sí, desengaños son éstos

Que avisan a los mortales
De que son percederos
Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco."

El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermón diciendo :
"Y también de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.

"Aun está fresca la sangre
De Alonso López Vivero.
Yo estaba al pie de la torre
Cuando el Condestable mesmo

"Lo arrojó de ella ; y he visto
De oro las cargas a cientos
Entrar allá en su palacio.
Dicen también, y lo creo,

"Que hechizado al Rey tenía,
Y aun añaden..." "No debemos
—Dijo grave el religioso —
Dar a habillla tal acceso."

La ventera, que hasta entones
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,

Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pehera
Y con grandes ojos negros,

Saltó súbita : "Envidiosos,
Que no sirven, ni por pienso,
Para descalzarle, han sido
Los que en trance tal le han puesto."

Díjole el marido : "Calla."
Y ella respondió : "No quiero...
¡Qué señor tan llano!... ¡ Parte
El corazón !.... Mes y medio

Hace que le vimos todos

Tan galán, en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid... ¡Qué diestro!

¡ Qué valiente! ¡Qué gallardo!
Fué el único del torneo."
"Calla", con cólera grande
Volvió a decir el ventero ;

Y ella, en vez de obedecerle,
A continuar : "¡ Qué discreto!
El oírle daba gusto...
Alfonso López Vivero

Era un vil, que lo vendía..."
"Calla", repitió de nuevo
Más airado el hombre; y ella :
"No me da la gana: cierto

"Es cuanto digo... El tesoro
lo ganó en la guerra, o premio
Es que el Rey le ha dado en paga
De servicios que le ha hecho.

"La Reina y los ricoshombres,
Revoltosos y soberbios..."
"Maldita tu lengua sea
—Clamó furioso el ventero —.

"Tú, porque allá te criaste
En su palacio, y... ¡yo necio!"
Y ella prosiguió llorando :
"La tonta fuí yo, mostrenco."

Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto
Los padres, cuando, "Ya llegan",
Gritó desde fuera el lego ;

Y dejando a los esposos,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa, la acabaron
A puñadas. según temo,

Fuéronse a la puerta al punto,
Sobre sus mulas subieron,

Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

ROMANCE SEGUNDO

El camino

Se alza una nube de polvo
De lejos por el camino,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.

En ella relampaguea,n
Reflejos de acero limpio,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.

Dando lugar a que lleguen,
Los religiosos franciscos,
A lento paso se ponen
Y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
Y vese claro y distinto
Que Diego Estúñiga, el joven,
Es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso
Viene, de hierro vestido,
La gruesa lanza en la cuja,
La luenga espada en el cinto,

Un penacho jalde y negro,
Cual matorral sobre un risco,
Ondea sobre su almete,
Y da al sol variados visos.

El ancho plateado escudo,
De una cadena ceñido,
Ostenta la banda negra,
Timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,
De la cimera al estribo
Armados de yunta en blanco,

Y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio,
Y en todos el sobrescrito
De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta,
No de un caballero vivo,
Si de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo,

En medio de ellos venía,
Cabizbajo y abatido,
Caballero en una mula
Con jaeces hartos ricos,

Un insigne personaje
De aspecto notable y digno,
De estatura no muy alta,
Pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro,
Más blanco que los armiños,

Un gran manto, en cuyos pliegues
La cruz roja, distintivo
De Maestro de Santiago,
Luce en recamo prolijo ;

Y una toca de velludo
Negro con bordados picos,
Mas sin airón ni garzota,
Es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
Bien que apagado y sombrío,
Y su aire tan de persona
De poder y de dominio,

Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible,
Cierta respeto sumiso.

Don Alvaro era de Luna,
Del rey Don Juan favorito,
Que a Castilla largos años
Rigió sin freno a su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
Con los dos padres franciscos,
Paráronse éstos, y humildes
Saludo cortés y fino

Hicieron al Condestable
De quien eran muy amigos.
Don Alvaro contestóles
Tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta
Se inhibieron de improviso,
Tomando del gran Maestre
A uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
Todos en silencio hundidos ;
Pero al cabo el padre Espina
Se resolvió, y así dijo :

"En verdad, señor, que valen
Poco del mundo mezquino
Las honras y los haberes
Para el varón de juicio.

"El hombre cristiano y cuerdo
Debe hacia, norte más fijo
Encaminar su esperanza,
Servir sólo a Dios benigno.

"Lo que nos da, lo mantiene,
Y al que busca en Él asilo,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraíso."

Con grande atención escucha
Tan saludables avisos
Don Alvaro, que engañado
Juzgó, al salir de Portillo,

Que iba a recobrar honores,
Favor, riqueza y dominio ;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino,

Se estremeció a pesar suyo,
Cubrióse de sudor frío,
Y, "¿ Voy a morir acaso?"
Preguntó como indeciso.

Contestóle el religioso:
"Todos, mientras somos vivos,
Vamos a morir. El hombre
Que va preso... en más peligro..."

"Basta – exclamó el Condestable ;
Y dando a su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma,
Y al semblante noble brillo –,

"Basta – siguió – ; no es la muerte,
Cuando se sabe de fijo
Que llega, tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.

"Venga, pues: si el Rey lo quiere,
Yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
No me dejéis, os suplico.

" Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga, escondido
En su celada, y lloraron
Hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien en su oficio,
Consolando al Condestable
Con discreción y con tino ;

Y él, oyéndolos atento,
Siguió la marcha tranquilo,
Sin dar de dolor ni susto
En su noble rostro viso.

ROMANCE TERCERO

Las Calles. – La Capilla. – El Palacio

Para quien al día siguiente
Mira la muerte segura,
El declinar de la tarde
Solemnidad tiene mucha

En el sol, que va a ponerse,
Y espeso vapor ofusca
(Semejante a un rey que el trono
A su pesar desocupa,

Y dignidad conservando
Del mundo huye, y se sepulta
Donde los hombres no advierten
Su dolor y desventuras),

Con honda atención los ojos
Clavó don Alvaro de Luna.
Así que lo vió traspuesto
Lanzó un suspiro de angustia,

Como el que lanza el amante,
Cuando el horizonte oculta
El bajel, en que su amada
Los desiertos mares surca

Para no volver. Ansioso
Lleva sus miradas mudas
A los montes apartados,
Cuyas cumbres aun relumbran,

A los ya enlutados bosques,
A las calladas llanuras,
A los altos campanarios
Que entre nieblas se dibujan.

Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo,
Parece que sólo busca,

Y al notar que poco a poco
La luz menguante y confusa

Del crepúsculo confunde
La escena que la circunda,

Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra, en cuya
Obscuridad para siempre
Corre a hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes, y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditación profunda

Entre dos luces llegaron
A Valladolid, y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero
Por la calle y casa cruzan,
Donde viven sus criados,
Donde llora su viuda.

Aquéllos, como canalla
Que si al poderoso adula,
En cuanto le ve caído
Feroz le escarnece y burla,

De la cabalgata el paso
Atajan con negra furia,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.

Este, furioso (presente
El tiempo pasado juzga,
Que aun conserva el poderío,
Que aun domina a la fortuna)

Lleva soberbio la mano
A buscar en su cintura
La guarnición de la espada...
Mes ¡ay! en vano la busca.

Va preso... espada no lleva...
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda
Mirada va a dar al cielo,

Mas se anonada y conturba.

Queda. con los ojos fijas,
Parece su faz difunta;
Tiembla, y en sudor helado
Sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro...
¡ Un espectro!... Sí : la mula
Algo ve también ; esquivada
Se recela, empina y bufa.

¿ De Alonso López Vivero
Ha salido de la tumba
La sombra? De duque el Maestre
Ante sí la vió no hay duda.

En confesión se lo dijo
Aquella noche con muchas
Lágrimas al padre Espina...
De Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza
A palos abre la turba
Estúñiga, denodado,
Y la atropella y asusta;

Y en salvo al ilustre preso
Condujo a la casa suya:
En que estaba preparada
Una capilla segura,

Donde pasó el Condestable,
Con la espiritual ayuda,
Noche serena, pidiendo
A Dios perdón de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,
Repitió también algunas
Trovas del famoso Mena,
Que pintan como locuras

Las mudanzas ambiciones:
Oró con fervor; en suma
Fué un cristiano, un caballero,
Un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
Ser el reo, a quien la dura
Sentencia estaba leída,
Y a quien la cuchilla aguda

Del verdugo amenazaba,
Era el Rey... ¡Mísero! lucha,
Náufrago desventurado,
En airado mar de angustias.

Ama a. Don Alvaro, mira
Su sentencia como injusta ;
De la Reina y de los Grandes
Se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
Y hasta su existencia juzga,
Y que, al morir el Maestro,
Abrazadas irán juntas

El alma de aquel amigo
Y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
En hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
Rasgando sus vestiduras,
Paseándose sin tino
Por la cámara, que alumbra

Una lámpara medrosa,
Que en el cortinaje abulta
Vagas sombras... ¡ infelice
¡Qué noche pasó!... Que ocupa
Ve un rincón de aquella sala,

De pie con la boca muda,
Su físico Fernán Gómez,
A él se va, las manos juntas,

Y suplicante le dice :
"Si es que mi salud procuras,
Anda a ver al Condestable,
Así Dios te dé su ayuda,"

El bachiller respondi6le :
"Le debo mercedes muchas,
Perdone vueseñoría ;
No oso verle en tal angustia."

Conmovido el Rey, en llanto
Rompi6 y en voces confusas,
Que el alma a G6mez partieron,
Seg6n dicen cartas suyas.

Entr6 al estruendo la Reina
En la c6mara, cual una
Aparici6n, como maga
Que viene a doblar astuta

Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura,
Y con que la empresa afirma,
De que pende su fortuna.

Call6 el Rey, qued6 de m6rmo
Al verla : ella le pregunta :
"Qu6 es esto?" Y oyendo, "Nada".
Retir6se muy adusta.

Largo rato el Rey estuvo,
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luego
Torna a m6s reñida pugna

De afectos : la amistad vence,
Llama con voz resoluta
A Sol6s, su maestresala,
D6cele : "Al momento busca

A Diego Est6niga, y dile..."
En su garganta se anuda
La voz, porque entra la Reina
Otra vez... calla y trasuda.

La Reina a Sol6s llev6se,
Y el Rey abri6 con presura
El balc6n, cual si quisiese
Gozar del aura nocturna :

Y el trono, cetro y corona

Maldiciendo en voces mudas,
Ojos de lágrimas llenos
Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO

La plaza

Mediada está la mañana ;
Ya el fatal momento llega,
Y Don Alvaro de Luna
Sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,
Y en Dios la esperanza puesta,
Serenos baja a la calle,
Donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,
Que adorna gualdrapa negra,
Y tan airoso cabalga,
Cual para batalla o fiesta.

Un sayo de paño negro,
Sin insignia ni venera,
Es su traje, y con el garbo
Que un manto triunfal, lo lleva ;

Y sin toca ni birrete,
Ni otro adorno, descubierta,
Bien aliñado el cabello,
La levantada cabeza.

Las dos padres franciscanos
Se asen de las estriberas,
Y hombres de armas, en buen orden,
Le custodian y le cercan.

Así camina el Maestro,
Con tan gallarda presencia
Y con tan sereno rostro,
Que impone a cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan
Clavar la vista soberbia

En él, como consternados
Ya de su venganza horrenda :

Sus partidarios parecen
Decirle con mudas lenguas,
Que aun morirán por salvarle
Y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible
Por todas las calles reina,
Que o gran terror o despecho
Grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
De cuando en cuando se quiebra
Con la voz del pregonero,
Que a los más valientes hiela.

Diciendo : "Esta es la justicia
Que facer el Rey ordena
A este usurpador tirano
De su corona y sin hacienda."

Siempre que oye el Condestable
Este vil pregón, aprieta
La mano del padre Espina,
Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba, a la triste plaza,
Que ha pocos días le viera
Tan galán en el torneo,
Con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
El cuadrado espacio llena;
Vese una masa compacta
De rostros y de cabezas;

Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra,
que casas y palacios,
Su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiales
De hombres apiñados cierran,
Sirviéndole de linderos

Lanzas en vez de arboleda,

Ofrece paso hasta donde
Lecho de muerte descuella,
En mitad del gran gentío,
Que como la mar olea.

El reducido tablado,
Enlutado con bayetas,
Una gran tumba, parece
Que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
Un altar, a la derecha,
De terciopelo vestido ;
Y entre amarillas candelas,

Cuya, luz el sol deslustra
Y arder el viento no deja,
Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde
Colocado a la izquierda :
Cerca de él se ve una escarpia
En un pilar de madera ;

Y en medio, de firme, un tajo,
Delante una almohada negra,
Y una hacha, en cuya cuchilla
Los rayos del sol reflejan.

Al pie del cadalso, el reo
De la, alta, mula se apea
Fervoroso, el padre Espina
Con él sube y no le deja.

De pie, ya, sobre el tablado,
Tres personas se presentan
A las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa :

El ministro de la muerte,
El que lo es de vida eterna,
Y el que, dando al uno el cuerpo,
Al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
De atreverse a tal alteza,
Necio terror da a su frente,
Que cubre jalde montera,

El religioso, metido
En su capucha, se queda
De mármol, cruza los brazos,
Y con fervor mudo, reza.

El Condestable, sereno,
El pie al crucifijo besa,
Y luego tiende los ojos
Por la turba que le observa ;

Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera
A Morales, su escudero,
Hecho de lealtad emblema,

Le llama ; de oro un anillo,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas,
Del pulgar quita, y le entrega,

Diciéndole : "Amigo, toma,
Ya no conservo otra prenda."
Después atisbó a Barrasa,
Paje del Príncipe, cerca,

Y así le habló en voz sonora :
"Dile a tu dueño que vea
De dar a los que le sirvan
Otra mejor recompensa."

Viendo el pilar y la escarpia,
"¿Para qué?" pregunta. Tiembla
El sayón, y le responde,
Hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el Condestable
Con una sonrisa acerba:
"Después de yo degollado,
Nada son cuerpo y cabeza."

Entonces el padre Espina
Que piense sólo, le ruega,
En Dios ; y él, "Padre, es mi norte
Y mi esperanza", contesta.

Se ajusta el traje, descubre
La garganta, ve que llega
El verdugo para atarle
Las manos con una cuerda,

Saca del seno una cinta
Labrada con oro y seda,
Y, "Átalas – le dice – amigo,
Si es necesario, con ésta."

De hinojos en la almohada
Se pone, el cuello presenta,
El religioso le grita :
"Dios te abre los brazos, vuela."

El hacha cae como un rayo,
Salta la insigne cabeza,
Se alza universal gemido,
Y tres campanadas suenan

EL ALCÁZAR DE SEVILLA

RONANCE PRIMERO

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla,
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada rica.

De maderos entallados
En mil labores prolijas,
Se levanta el frontispicio
De resaltadas cornisas ;

Y hay en ellas un letrero
Donde, con letras antiguas,
Don Pedro hizo estos palacios
Esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
Las modernas fruslerías ;
Mal en sus soberbios patios
Gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
En la grata compañía
De chistosos sevillanos
Y de sevillanas lindas,

Recorrí aquellos verjeles,
En cuya entrada se miran
Gigantes de arrayán hechos
Con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
Forman calles extendidas,
Y un oscuro laberinto
Que a los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
Escondidos ; se improvisan,
Saltando entre los mosaicos
De pintadas piedrecillas.

Y a los forasteros mojan,
Con algazara y con risa
De los que, ya escarmentados,
El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,
Cuando al ocaso declina
El sol entre leves nubes,
Que de oro y grana matiza ;

Aquel trasparente cielo
Con ráfagas purpurinas,
Cortado por un celaje
Que el céfiro manso riza ;

Aquella atmósfera ardiente
En que fuego se respira,
¡Qué languidez dan al cuerpo!
¡Qué temple al alma divina!

De los baños, tan famosos

Por quien los gozó, la vista,
La del soberbio edificio,
Obra gótica y morisca,

Tétrico en partes, en partes
Alegre, y en el que indican
Los dominios diferentes,
Ya reparos, ya ruinas;

Con recuerdos y memorias
De las edades antiguas
Y de los modernos años,
Embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines,
Que si los ojos hechizan,
Embalsaman el ambiente
Con los aromas que espiran ;

De las fuentes el mumurio,
La, lejana gritería,
Que de la ciudad, del río,
De la alameda, contigua

De Trina y de la puente
Confusa llega perdida,
Con el son de las campanas
Que en la alta Giralda vibran,

Forman un todo encantado,
Que nunca jamás se olvida,
Y que, al recordarlo, siempre
Mi alma, y corazón palpitan.

Muchas deliciosas noches,
Cuando aun ardiente latía
Mi ya helado pecho, alegres,
De concurrencia escogida,

Vi aquellos salones llenas,
Y a la juventud, cuadrillas
O contradanzas bailando
Al son de orquestas festivas.

En las doradas techumbres
Los pasos, la charla y risas

De las parejas gallardas,
Por amor tal vez unidas,

Con el son de los violines
Confundidos se extendían,
Acordes ecos hallando
Por las esmaltadas cimbrias.

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo día,
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra, de la Padilla,

Lanzando un hondo gemido,
Cruzar leve ante mi vista,
Como un vapor, como un humo,
Que entre los árboles gira ;

Ni entré en aquellos salones,
Sin figurárseme erguida,
Del fundador la fantasma
En helada sangre tinta

Ni en el vestíbulo obscuro,
El que tiene en la cornisa
De los reyes los retratos,
El que en columnas estriba,

Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcón, y encima

El hondo artesón dorado,
Que lo corona y atrista,
Sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha obscura...
¡ Ni las edades la limpian!...
¡ Sangre! ¡ Sangre!!... ¡Oh cielos, cuántos
Sin saber lo que es la pisan!

ROMANCE SEGUNDO

Quinientos años más joven
Era el magnífico Alcázar,
Aun lustrosas sus paredes,
Su alto almenaje sin faltas,

Y lucientes los esmaltes
De las techumbres doradas,
Mansión del rey de Castilla
Orgullosa se ostentaba,

Cuando del Mayo florido
Una apacible mañana,
En aquel salón que tiene
Los balcones a la plaza,

Dos ilustres personajes
En grande silencio estaban :
Un caballero era el uno,
El otro una hermosa, dama.

Rica berberisca alfombra,
Del Rey moro de Granada
Don o tributo, cubría
Las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
Con listas y flores varias
Matizado en el Oriente,
Que galeras venecianas

(Tal vez de su Dux regalo)
Trajeron a nuestra España,
Del abierto balconaje
El radiante sol templaba.

En el testero de enfrente,
De maderas cinceladas,
Un rico oratorio había
Con embutidos de nácar,

Y en él la imagen devota
De la Virgen soberana,
Escultura harto mezquina.,
Mas no de atractivos falta,

De la cual era el adorno

Una corona, de plata,
Reverberando en su cerco
Amatistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso
Con las oraciones santas,
Ornatos de miniatura,
Y de oro y marfil las tapas,

Colocado se veía
Sobre un atril, que formaban
De un ángel mal esculpido,
aunque con primor, las alas ;

Y de brocado de oro
En el suelo una almohada,
Mostrando, por medio hundida,
De dos rodillas la marca,

En los muros blanqueados
Con cal de Morón, de caza
Pendían varios trofeos,
Banderas y limpias armas ;

Y en una mesa o bufete,
Puesta en medio de la estancia,
Con un tapete cubierta,
Cuyos picos arrastraban,

Un templado laúd había,
Un rico juego de tablas,
Búcaros llenos de flores
Y un cofre de filigrana.

De un balcón sentóse cerca,
Muy pensativa la dama,
En un gran sillón dorado,
Cuyo respaldo formaba

Un dosel o guardapolvo
En una curva gallarda,
De castillos, de leones
Y de corona adornada.

Un vistoso brial de seda
Verde, y con labores varias

De sirgo y perlas, y en torno
De oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca,
Muy más que la nieve blanca,
Y un claro cendal cubrían
Sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
Y divina su garganta,
Pero del color de cera,
Que miedo y penas retrata ;

Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas,
Donde dos perlas preciosas,
Prontas a correr, brillaban.

Eva una fresca azucena,
A quien cruda muerte amaga,
Porque un corroedor gusano
Ya su hondo cáliz desgarrá.

Ora un blanco pañizuelo,
Con puntas bordado y randas,
Revolvía con las manos
Convulsas y deslustradas,

Qra absorta y distraída,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,
De estatura no muy alta,
Vivaces ojos, la boca
Inquieta, roja la barba,

Pálido y enjuto el rostro,
Nariz corva y afilada,
Noble su porte y siniestras
Y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,
De oro bordado y con chapas,
Y una gorra en la cabeza

Puesta de lado con gracia,

De largo a largo medía
Con pasos lentos la estancia,
Y pasiones diferentes
Su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
Arrojando fieras llamas
Por los encendidos ojos,
Hechos del infierno brasas ;

Luego extendían los labios
Sonrisa feroz y amarga,
O en las doradas techumbres
Fijaba atroces miradas,

Bien apresurando el curso
De pie a cabeza temblaba,
Bien repuesto proseguía
Su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,
Ya tranquilo, ya con rabia,
Revolverse a todos lados
Dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,
No se oían sus pisadas,
Pero sordas le crujían,
Siempre que se meneaba,

Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (¡cosa rara!)
De igual rumor ha dotado,
Allá en tierras muy lejanas,

Para que la evite el hombre,
A una serpiente que llaman
De cascabel, y que al punto
Que se acerca, pica y mata.

Doña María Padilla
Era la llorosa dama,
Y el callado caballero
El rey Don Pedro de España.

ROMANCE TERCERO

Cual de solitaria torre
En torno están revolando
Fieras aves de rapiña,
Cuando el sol baja al ocaso,

Así en torno de Don Pedro
Vuelan pensamientos varios,
Cuyas sombras ofuscaban
De su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente
El poder de sus hermanos,
A los que mató la madre,
Y a quienes llama bastardos ;

Ya de los grandes inquietos
La insolencia y desacato,
O la mengua del tesoro
Sin medios de repararlo ;

Ya la linda Doña Aldonza,
A quien tiene a buen recaudo ;
O las sangrientas fantasmas
De inocentes que ha matado ;

Ya una proyectada empresa
Rompiendo la fe de un pacto,
Contra el moro granadino,
O una traición o un engaño.

Mas, como las mismas aves
Se van escondiendo al cabo,
Entre las almenas rotas
Del castillo solitario,

Y sólo constante queda,
En torno de él volteando,
La más voraz, la más fuerte,
La que no admite descanso,

Así aquel tropel confuso
De pensamientos extraños,

En que se encontró Don Pedro
Envuelto pequeño rato,

En su pecho y su cabeza
Fueron nidos encontrando,
Y quedó despierta y viva,
Dándole gran sobresalto,

La imagen de Don Fadrique,
El mejor de sus hermanos,
Norma de los caballeros
Y Maestre de Santiago.

Del rey de Aragón acaba
Don Fadrique el esforzado
De conquistar a Jumilla,
Con noble denuedo y brazo ;

Deja, en lugar de las barras,
Los castillos tremolando,
Y viene a entregar las llaves
A su Rey, señor y hermano.

Sabe el Rey que no es rebelde,
Que es su amigo y partidario,
Y más que a Tello y a Enrique
Lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo
De venir a Francia encargo
Por la reina doña Blanca,
Mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...
Y un rumor corrió entre tanto
De aquellos que son ponzoña,
Ora ciertos, ora falsos.

Doña, Blanca está en Medina,
Y en una torre pagando
Las tardanzas del viaje,
Las hablillas de palacio ;

Y el cuello de Don Fadrique
Está en los hombros intacto,
Porque tiene gran valía,

Poder mucho y nombre claro.

Mas ¡ay de él!... Es de las damas
El ídolo por su trato,
Por su gallarda presencia
Y por su esfuerzo bizarro;

Y si no da sombra al trono,
Porque es fiel, da, ¡mal pecado!
Al corazón duros celos,
Y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,
Cuyo entendimiento claro
Del regio amante penetra
Los más ocultos arcanos,

Y en quien la bondad del alma
Sobrepaja a los encantos
De su peregrino rostro
Y de su cuerpo gallardo,

Vive víctima infelice
De continuo sobresalto,
Porque al Rey ama, y le mira
A mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre,
Persecuciones y llantos
No está nunca firme un trono,
Nunca seguro un palacio,

Y tiene dos tiernas niñas
Que con otro padre acaso,
Aunque ilegítimo fruto,
Pudieran todo esperarlo,

Ve en el insigne Fadrique
Un apoyo, un partidario ;
Sabe que llega a Sevilla,
Y a voces le está indicando

De su fiero amante el rostro,
Que viene en momento aciago ;
Y por aquietar sospechas,
O darles punto más alto,

Al fin, rompiendo el silencio,
Aunque con trémulos labios,
Osó hablar, y estas palabras
Entre los dos se mezclaron :

"Con que hoy llegará triunfante
Don Fadrique, vuestro hermano?"
"Y por cierto que ya tarda
En llegar aquí el bastardo.

¡Bien os sirve...!" "Sí ; en Jumilla
Como un héroe se ha portado."
"De su lealtad os da prueba;
Es muy valiente." "Lo es harto."

"Ya estaréis, señor, seguro
De su pecho noble y franco."
"Aun más lo estaré mañana."
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE CUARTO

Grande rumor se alza, y cunde
De armas, caballos y pueblo
De Sevilla por las calles,
Al Maestre recibiendo.

Suenan los vivas, unidos
Con los retumbantes ecos,
Que en la altísima Giralda
Esparce el bronce hasta el cielo,

Vase acercando la turba,
Pero se la escucha menos ;
Ya a la plaza de palacio
Llega y párase en silencio;

Que la vista del Alcázar
Gozaba del privilegio
De apagar todo entusiasmo,
De convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,
Falto de acción y de aliento,

Para pisar la gran plaza
Con un mágico respeto ;

Y el Maestro de Santiago,
Con algunos caballeros
De su Orden, entra, seguido
De corto acompañamiento.

Diríjese hacia la puerta,
Como aquel que va derecho
A encontrar de un buen hermano
El alma y brazos abiertos,

O como noble caudillo,
Que por sus gloriosos hechos
De un Rey a recibir llega
Los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano,
Que espuma respira y fuego,
Y a quien contiene la brida
Si ensoberbece el arreo,

Muéstrase el noble Fadrique
Con el blanco manto suelto,
En que el collar y cruz roja
Van su dignidad diciendo ;

Y una, toca de velludo
Carmesí lleva, do el viento
Agita un. blanco penacho
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte,
El iracundo Don Pedro,
En cuanto entrar en la plaza
Vió al hermano desde lejos,

Como si de mármol fuera
Quedó del salón en medio,
Y en sus furibundos ojos
Ardió un relámpago horrendo,

Pero pronto en sí tornando,
Salióse del aposento,
Cual si del huésped quisiera

Buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda
Le vió la Padilla, lleno
El corazón de amargura
Y de llanto el rostro bello,

Alzase y sale turbada
Del balcón al antepecho,
Al gallardo Maestre indica,
Con actitudes y gesto,

Que llega en mal hora, y mueve
Por el aire el pañizuelo,
Diciéndole en mudas señas
Que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique,
Y por saludos teniendo
Los avisos, corresponde
Cual galán y cual discreto.

Y a la ancha portada llega,
Do guardias y ballesteros
le dejan el paso libre,
Mas no entrada a su cortejo.

Si no conoció las señas
De la Padilla, Don Pedro
Las conoció, pues paróse,
Aun indeciso y suspenso,

De la cámara en la puerta
Un breve instante, y volviendo
Los ojos, vió que la dama
Agitaba el blanco lienzo.

¡Oh Dios! ¿Fué esta acción tan noble,
De tan puro y santo intento,
La que llamó a los verdugos,
Y la que firmó el decreto?

Apenas puso el Maestre,
De dos solos escuderos
Seguido, el pie, confiado,
En el vestíbulo regio,

Donde varios hombres de armas,
Vestidos de doble hierro,
Paseándose guardaban
De la escalera el ingreso,

Cuando a uno de los balcones,
Como aparición de infierno,
El Rey se asoma, gritando :
Matad al maestro, maceros.

Siguió como en la tormenta
El súbito rayo al trueno,
Y seis reformidas mazas
Sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
Pero en el tabardo envuelto
Halló el puño, y fué imposible
Desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
Del roto cráneo vertiendo,
Y lanzando un alarido
Que llegó, sin duda, al cielo.

Voló al instante la nueva
De tan horrible suceso ;
Apelaron a la fuga
Los frailes y caballeros ;

Huyó a esconderse en sus casas,
Temblando de horror, el pueblo,
Y del Alcázar quedaron
Los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
Al tigre con tanto extremo,
Que prosigue los destrozos,
Aunque ya esté satisfecho

Su vientre, porque se goza
En teñir de rojo el suelo.
Sin duda, al Rey de Castilla
Le sucedía lo mismo.

En cuanto vió a Don Fadrique
Desplomarse en tierra yerto,
Corrió por palacio todo
Buscando a, sus escuderos,

Que, trémulos y amarillos,
De aposento en aposento,
Huyen, sin hallar amparo,
Corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
O esconderse el uno de ellos;
Sancho Villegas, el otro,
No fué tan feliz o diestro.

Viendo que el Rey le persigue,
Entróse de espanto muerto,
Donde estaba la Padilla
Desmayada y en su lecho,

Asistida por sus damas
Que están temblando de miedo,
Y con sus niñas al lado,
Angeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice
Aun perseguirle el espectro,
Que en asilos no repara,
Coge en sus brazos de presto

A Doña Beatriz, que apenas
Cuenta seis años completos,
Hija por quien el Rey tiene
El más cariñoso extremo.

Pero ¡ay! de nada le sirve...
En vano allá en el desierto
Con la cruz santa se abraza
El peregrino, si recio

Brama el Sur, si arde el espacio,
Si olas de arena, creciendo
Mar espantoso, confunden
La baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos,

Y de rodillas, el pecho
Traspasóle furibunda
La daga del rey Don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
Nada ocurrido de nuevo,
Se asentó el Rey a la mesa,
Como acostumbra, comiendo.

Jugó en seguida a las tabias,
Salió después a paseo,
Fué a ver. armar las galeras
Que han de ir a Vizcaya luego;

Y en cuanto cubrió la noche
Con, su manto el hemisferio,
Entró en la Torre del Oro,
Donde tiene en un encierro

A la linda doña Aldonza,
A la cual del monasterio
De Santa Clara ha sacado,
Y a la que idolatra ciego.

Fué un rato a hablar en seguida
Con Leví, su tesorero,
En quien tiene su privanza
Aunque es un infame hebreo,

Y muy tarde retiróse,
Sin más acompañamiento
Que un moro, su favorito,
Hombre bajo, por supuesto.

Entró en el tranquilo Alcázar,
Llegó al vestíbulo excelso,
Y en él paróse un instante
La vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
Del artesonado techo
En derredor derramaba
Ya sombras, y ya reflejos.

Entre las tersas columnas
Dos hombres de armas, dos negros

Bultos paseaban solos,
Vigilantes y en silencio;

Y en tierra aun tendido estaba,
De un lago de sangre en medio,
El maestro Don Fadrique
En su roto manto envuelto.

Se acercó el Rey, contemplóle
Con atención un momento,
Y notando que no estaba
Del todo su hermano muerto,

Pues aun respiraba acaso
Palpitante el hondo pecho,
Le dió con el pie un empuje
Que hizo estremecer el cuerpo;

Desnudó la aguda daga,
Al moro la dió, diciendo :
"Acábalo", y, sosegado,
Subió y entregóse al sueño

UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA

(Al Excmo. Sr. D. Mauel Cepero)

ROMANCE PRIMERO

El candil

Más ha de quinientos años,
en una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso a otras principales,

Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad más grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imagen,

De dos desnudas espadas
Que trababan un combate,
Turbó el repentino encuentro

Las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteoro de desastres.

Y al gemido : ¡ Dios me valga!
¡Muerto soy! Y al golpe grave
De un cuerpo que a tierra, vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren,
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,

Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyas destellos
Dan luz súbita a la calle.

En pos un rostro aparece
De gomia o bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre o da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte
Que salía a apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle,

O de la, eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crimen,
El testigo formidable,

Pues a la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante,
Que dando luz roja al muro
Dibujaba desiguales

Los tejados y azoteas
Sobre el obscuro celaje,
Dando fantásticas formas
A esquinas y bocacalles,

Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.

Y de pie a su frente un hombre,
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gabilanes.

El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse
Bañada de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte,

Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pie y grave.

Al andar, sus choquezuelas
Formaban ruido notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande

En la vieja, que asomaba
El rostro y luz a la calle,
Que, cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso aullido,
¡Virgen de los reyes, valme!

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,

Bajo su mísero lecho
Corre a tientas a ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apenas sus pulsos laten,

Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus días miserables,

Y hubiera dado los días
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,

Los encantos de la cuna,
Y... en fin, hasta lo que nadie
Enajena, la esperanza,
Bien solo de los mortales :

Pues lo que ha visto la abruma,
Y la. aterra lo que sabe,
Que hay vistas que son peligros
Y aciertos que muerte valen

ROMANCE SEGUNDO

El juez

Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio,
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marea el mudable viento

(Esferas que pocos años
Después derrumbó en el suelo
Un terremoto) brillaban
Del sol matutino al fuego,

Cuando en una sala estrecha

Del antiguo Alcázar regio,
Que entonces reedificaban
Tal cual hoy mismo lo vemos,

En un sillón de respaldo
Sentado está el Rey Don Pedro,
Joven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.

A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello,

Y con la vara de Alcalde
Rendida. al poder supremo,
Martín Fernández Cerón
Era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradición guardólas
Para que hoy suenen de nuevo:

"R.– ¿, Con que en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís a decirme
Que está ya el matador preso?

"A.– Señor, desde antes del alba,
En que el cadáver sangriento
Recogí, varias pesquisas
Inútilmente se han hecho.

"R.– Más pronta justicia,
Alcalde, Ha de haber donde yo reino,
Y a sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto,

"A.– Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros, sospecho...
R – ¿, Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo, y bueno?

"¿, No me habéis, Alcalde, dicho,
Que un candil se halló en el suelo

Cerca del cadáver?...Basta,
Que el candil os diga el reo.

"A.– Un candil no tiene lengua.
R.– Pero tiénela su dueño.
Y a moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento.

"Y ¡vive Dios! que esta noche
Ha de estar en aquel puesto
O vuestra cabeza,, Alcalde,
O la cabeza del reo."

El Rey, temblando de ira,
Del sillón se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia,
Y otra después, y otra luego,
Salióse a ahorcar a Sevilla,
Para salvarse, resuelto.

Síguele el Rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto
de un basilisco en la frente,
Según eran de siniestros ;

Y de satánica risa,
Dando la expresión al gesto,
Salió detrás del Alcalde
A pasos largos y lentos.

Por el corredor estuvo
En las alcándaras, viendo
Azores y jerifaltes,
Y dándoles agua y cebo.

Y con uno sobre el puño
Salió a dirigir él mismo
Las obras de aquel palacio,
En que muestra gran empeño.

Y vió poner las portadas
De cincelados maderos,
Y él mismo dictó las letras

Que aun hoy notamos en ellos.

Después habló largo rato,
A solas y con secreto,
A un su privado, Juan Diente,
Diestrísimo balletero,

Señalándole un retrato,
Busto de piedra mal hecho,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué a Triana, vió las naves
Y marítimos aprestos ;
De Santa Ana entró en la iglesia
Y oró brevísimo tiempo ;

Comió en la Torre del Oro,
A las tablas jugó luego
Con Martín Gil de Alburquerque;
A caballo dió un paseo.

Y cuando el sol descendía,
Dejando esmaltado el cielo
De rosa, morado y oro,
Con nubes de grana y fuego,

Tornó al Alcázar, vistióse
Sayo pardo, manto negro,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo,

Y bajando a los jardines
Por un postigo secreto,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto,

Salió solo, y esto dijo
Con recato al balletero :
"Antes de la media noche
Todo esté cual dicho tengo."

Cerró el postigo por fuera,
Y en el laberinto ciego
De las calles de Sevilla
Desapareció entre el pueblo.

RONANCE TERCERO

La cabeza

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta
El sol, y tierras y cielos
Con negras sombras se enlutan.

De la cárcel de Sevilla,
En una bóveda oscura,
Que una lámpara de cobre
Más bien asombra que alumbra,

Pasaba una extraña escena,
De aquellas que nos angustian
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos la dibuja.

Pues no semejaba cosa
De este mundo, aunque se usan
En él cosas harto horrendas,
De que he presenciado muchas,

Sino cosa del infierno,
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,
Se ve en negras vestiduras
Al buen Alcalde Cerón,
Ceño grave, faz adusta.

A su lado, en un bufete
Que más parece una tumba,
Prepara un viejo Notario
Sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,
De tablas con sangre sucias,
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispeo de la llama
En la lámpara que ahuma

La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo Alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo : "Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura."

Se abrió al instante una puerta,
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones,
Esbirros y vil gentuza,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,

Una vieja miserable,
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura,

Pues sólo se ve que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones ;
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos,
Caladas sendas capuchas,

Y la algazara y estruendo,

Con que satánica turba
Lleva un precito a las llamas,
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
También entra en la confusa
Escena, y sin ser notado
Tras de un pilarón se oculta.

"Ven – grita un tosco verdugo
Con una risada aguda –
Ven a casarte conmigo,
Hecha está la cama, bruja."

Otro, asiéndole los brazos
Con una mano más dura
Que unas tenazas, le dice:
"No volarás hoy a oscuras."

Y otro, atándole las piernas :
"¿ Y el bote con que te untas ?"
Sobre la escoba a caballo
No has de hacer más de las tuyas."

Estos chistes semejaban
Los aullidos con que aguzan
La hambre los lobos, al grito
De los cuervos que barruntan

Los ya corrompidos restos
De una víctima insepulta ;
La mofa con que los cafres
A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi casi difunta
A la infelice ; la enlazan
Con ásperas ligaduras,

Y de hierro un aparato
A su diestra mano ajustan,
Que al impulso más pequeño
Martirio espantoso anuncia.

Dice un sayón al Alcalde :
"Ya está en jaula la, lechuza,

Y si aun a cantar se niega,
Yo haré que cante o que cruja.'

Silencio el Alcalde impone ;
Quédase todo en profunda
Quietud, y sólo gemidos
Casi apagados se escuehan.

"Mujer – prorrumpe Cerón –,
Mujer, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste,
Y te dará Dios ayuda."

"Nada vi, nada – responde
La infeliz – : por Santa Justa
Juro que estaba, durmiendo;
No vi ni oí cosa alguna."

Replicó el juez : "¡ Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras."
Y tomando de las manos
Del Notario que le ayuda

Un candil : "Mira – prosigue –
Esta prenda que te acusa.
Di quién la tiró a la calle,
Pues confesaste ser tuya."

La mísera se estremece,
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada :
"El demonio fué, sin duda."

Y tras de una, breve pausa :
"Soy ciega, soy sorda, y muda.
Matadme, pues ; lo repito :
Ni vi ni oí cosa alguna."

El juez, entonces de mármol,
Con la vara al lecho apunta ;
Ase una cuerda el verdugo,
Rechina allá una garrucha,

La mano de la infelice
Se disloca y descoynta,
Y al chasquido de los huesos

Un alarido se junta.

"¡Piedad, que voy a decirlo!"
Grita con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.

"Declara", el juez dice ; y ella,
Cobrando un vigor que asusta,
Prorrumpe : "El Rey fué..."Y su lengua
En la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos,
Todos con la faz difunta,
Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

En esto, el desconocido,
Que, tras el pilar se oculta,
Hacia el potro del tormento
El firme paso apresura,

Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas,
El ruido que los dados
Cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluzna,
Y repite : "El Rey; sus huesos
Así sonaron, no hay duda."

Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta,
Y los ojos como brasas
Aquel personaje, a cuya

Presencia, hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan,
Pues al Rey Don Pedro todos
Conocen, y se atribulan.

Este saca de su seno
Una bolsa, do relumbran
Cien monedas de oro, y dice :
"Toma y socórrete, bruja.

"Has dicho verdad, y sabe
Que el que a la justicia oculta
La verdad es reo de muerte
Y cómplice de la culpa.

"Pero, pues tú la dijiste,
Ve en paz ; el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre,
Mas Dios sólo a mí me juzga.

"Pero por que satisfecha
Quede la justicia, augusta,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia."

Y era así ; ya colocada
Estaba la imagen suya
En la esquina do la muerte
Dió a un hombre su espada aguda.

Del Candilejo la calle
Desde entonces se intuía,
Y el busto del rey Don Pedro
Aun allí está y nos asusta.

EL FRATRICIDIO

ROMANCE PRIMERO

El español y el francés

"Mosén Beltrán, si sois noble,
Doleos de mi señor,
Y deba corona y vida
A un caballero cual vos.

"Ponedlo en cobro esta noche,
Así el cielo os dé favor;
Salvad a un Rey desdichado
Que una batalla perdió.

"Yo con la mano en mi espada,
Y la mente puesta en Dios,

En su real nombre os ofrezco,
Y ved que os lo ofrezco yo,

"En perpetuo señorío
La cumplida, donación
De Soria y de Monteagudo,
De Almansa, Atienza y Serón.

"Y a más doscientas mil doblas
De oro, de ley superior,
Con el cuño de Castilla,
Con el sello de León,

"Para que paguéis la hueste
De allende que está con vos,
Y con que fundéis estado
Donde más os venga en pro.

"Socorred al Rey Don Pedro
Que es legítimo, otro no ;
Coronad vuestras proezas
Con tan generosa acción."

Así cuando en Occidente,
Tras siniestro nubarrón,
Un anochecer de Marzo
Su lumbré ocultaba el sol,

Al pie del triste castillo
De Montiel, donde el pendón
Vencido del rey Don Pedro,
Aun daba a España pavor,

Men Rodríguez de Sanabria
Con Beltrán Claquín habló,
Y éste le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz :

"Castellano caballero,
Pues hidalgo os hizo Dios,
Considerad que vasallo
Del Rey de Francia soy yo,

"Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor,
Pues en liga con ingleses

Le mueve guerra feroz.

"Considerad que sirviendo
Al infante Enrique está,
Que le juré pleitesía,
Que gajes me da y ración.

"Mas ya que por caballero
Venís a buscarme vos,
Consultaré con los míos
Si os puedo servir o no.

"Y como ellos me aconsejen
Que dé a Don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo,

"En siendo la medianoche
Pondré un luciente farol
Delante de la mi tienda
Y encima de mi pendón.

"Si lo veis, luego veníos
Vuestro rey Don Pedro y vos
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor."

Dijo el francés, y a su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio hacia el castillo
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO

El castillo

Inútil montón de piedras,
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,

Cuando en tus almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las consejas
Que de ti repite el vulgo.

Escombros que han perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo;

Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdugo;

Nido de aves de rapiña,
Y de reptiles inmundos
Vivar, y en que eres lo mismo
De lo que eres ha cien lustros ;

Pregonero que publicas
Elocuente, aunque tan mudo,
Que siempre han sido los hombres
miseria, opresión, orgullo;

De Montiel viejo castillo.
Montón de piedras y musgo,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos,

¡Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto,
La noche aquella que fuiste
Del rey Don Pedro refugio!

Era una noche de Marzo,
De un Marzo invernal y crudo,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre
Del homenaje el obscuro
Cielo taladraba altiva,
Formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,
Por el espacio confuso,
Pesadas nubes rodaban
Del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando
Azotaba el recio muro
Con espesa lluvia a veces,
Y con granizo menudo ;

Y a veces rasgando el toldo
De nubarrones adustos,
Dos o tres rojas estrellas,
Ojos del cielo sañudos,

Descubría amenazantes
Sobre el edificio rudo
Y sobre el vecino campo,
Del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
Como cercan a un difunto
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio,

Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo

De la triste fortaleza
No aspecto de menos susto
El interior presentaba,
Ultimo amparo y so

De un ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.

En medio del patio ardía
Una gran lumbrada, a cuyo
Resplandor de infierno, en torno
Varios extáticos grupos

Apiñados se veían,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando
De fantásticos dibujos.

Gente era del rey Don Pedro,

Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban
Con lienzos rotos y sucios.

Otros cantaban a un lado
Mil cánticos disolutos,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba. su labio inmundo.

Allá de una res asada
Las restos fríos y crudos
Se disputaban feroces,
Esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios,
Que escuchaban los cobardes
Pasmados, y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno,
Ni el orden y disciplina
Restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
Nadie vigila en los muros.
Todo es peligro y desorden,
Todo confusión y susto.

Los relinchos de caballos,
Los ayes de moribundos,
Las carcajadas, las voces
Las blasfemias, los insultos,

El crujido de las armas,
Los varios trajes, los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso,

Alumbrado por las llamas,
O escondido por el humo,

Que asemejaba una, escena
Del infierno y no del mundo.

El rey Don Pedro, entre tanto,
Separado de los suyos,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.

Mientras en una alta torre,
Despreciando los impulsos
Del huracán y la lluvia,
De lealtad noble trasunto,

Men Rodríguez de Sanabria
No separaba ni un punto,
Del lado donde sus tiendas
La francesa gente puso,

Los ojos y el pensamiento,
Ansiando, anhelante y mudo,
Ver la señal concertada,
Astro de benigno influjo.

Norte que de sus esfuerzos
Pueda dirigir el rumbo,
Por donde su Rey consiga
De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO

El dormido

Anuncia, ya medianoche
La campana de la vela,
Cuando un farol aparece
De Claquín ante la tienda.

Y no mísero piloto
Que sobre escollos navega,
Perdido el rumbo y el norte
En, noche espantosa y negra,

Ve al doblar una alta roca
Del faro amigo la estrella,
Indicándole el abrigo

De seguro puerto cerca,

Con más placer, que Sanabria
La luz que el alma le llena
De consuelo, y que anhelante
Esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llega
Do el rey Don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera.

Sólo Sanabria la. Llave
Tiene de la estancia regia,
Que a noble de tanta estima
Solamente el Rey la entrega.

Cuidando de no hacer ruido
Abre la férrea puerta,,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su rey en la presencia;

No aquel que agobiaba a todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey Don Pedro cerca,

Sino de más alto origen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilares,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela

Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,

Todo parece movable,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria
Al entrar en tal escena
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiéndolo que Don Pedro,
No en su lecho, sino en tierra,
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas, desgarradas,
Y que solloza y se queja.

Quiere ir a darle socorro...
Mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,

Oyendo al Rey balbuciente,
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorrumpir de esta manera :

"Doña, Leonor... ¡vil madrastra !
Quita, quita..., que me aprietas
El corazón con tus manos
De hierro encendido..., espera.

"Don Fadrique, no me ahogues...,
No me mires, que me quemas.
¡ Tello!... ¡ Coronel!... ¡ Osorio!...
¿ Qué queréis? Traidores, ¡ea.!

Mil vidas os arrancara.
¿No tembláis?... Dejadme... afuera
¿También tú, Blanca... y aun tienes
Mi corona en tu cabeza...

"Osas maldecirme? ¡ Inicua!
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... Temblad todos.
Mas, qué turba, me rodea?...

"Zorzo, a ellos: sus, Juan Diente
¿Aun todos viven?... Pues mueran.
Ved que soy el rey Don Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.

"; Ay, que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas
¿ Qué dogales?... ¿, Qué venenos?...
¿ Qué huesos? ¿ Qué calaveras?

"Roncas trompetas escucho...
Un ejército me acerca,
¿ Y yo a pie?... Denme un caballo
Y una lanza... vengan, vengan.

"Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema.

"¿No hay quién a su Rey socorra?"
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
y exclama : "Conmigo cuenta."

A sacar al Rey acude
De la pesadilla, horrenda :
"¡Mi Rey!, ¡mi señor!", le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.

Abre los ojos Don Pedro

Y se confunde y se aterra
Hallándose en tal,
Y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, "Soñé que andaba a caza",
Dice con turbada lengua.

Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillón, y pregunta :
"¿, Hay, Sanabria, alguna nueva ?"

"Señor – responde Sanabria –,
El francés hizo la seña."
"Pues vamos – dice Don Pedro –,
Haga el :cielo lo que quiera."

ROMANCE CUARTO

Los dos hermanos

De mosén Beltrán Claquín
Ante la tienda, de pronto,
Páranse dos caballeros
Ocultos en los embozos.

El rey Don Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan encontrar socorro,

Con gran priesa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,

En cuyos cascos gascones,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol, que alumbra
Cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo

Empiezan a verlo entonces
De aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco ;
Mas dejan ver un bufete,
Un sillón de roble tosco,

Un lecho y una armadura,
Y lo que fué más asombro,
Cuatro hombres de armas inmóviles,
De acero vivos escollos.

Don Pedro se desemboza
Y, "Vamos ya", dice ronco ;
Y al instante uno de aquéllos,
Con una mano de plomo,

Que una manopla vestía
De dura malla, brioso
Ase el regio brazo y dice:
"Esperad, que será poco."

Al mismo tiempo a Sanabria
Por detrás sujetan otros,
Arráncale de improviso
La espada, y cúbrenle el rostro.

¡Traición!... ¡traición!... gritan ambos,
Luchando con noble arrojo ;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto

Beltrán Claquín, desarmado,
Y don Enrique, furioso,
Cubierto de pie a cabeza
De un arnés de plata y oro.
Y ardiendo limpia en su mano
La desnuda daga, como
Arde el rayo de los cielos
Que va a trastornar el polo.

De Don Pedro el brazo suelta
El forzudo armado, y todo
Queda en profundo silencio,
Silencio de horror y asombro.

Ni Enrique a. Pedro conoce,
Ni Pedro a Enrique: apartólos
El cielo hace muchos años,
Años de agravios y enconos,

Un mar de rugiente sangre,
De huesos un promontorio,
De crímenes un abismo
Poniendo entre el uno y otro.

Don Enrique fué el primero
Que con satánico tono,
"¿Quién de estos dos es – prorrumpe –
El objeto de mis, odios?"

"Vil bastardo – le responde
Don Pedro, iracundo y torvo –,
Yo soy tu rey ; tiembla, aleve ;
Hunde tu frente en el polvo."

Se embisten los dos hermanos ;
Y don Enrigue, furioso
Como tigre embravecido,
Hierne a Don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual león rugiente,
¡Taidor.!, grita ; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como

A la colmena ligera
Feroz y forzudo el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es da aquellos dos hermanos
A saciar la, furia poco.

Pedro a Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad o justicia
A dar nuevo testimonio ;

Cuando Claquín (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan a su antojo),

Cuando Claquin, trastornando
La suerte, llega de pronto,
Sujeta a Don Pedro, y pone
Sobre él a Enrique alevoso,

Diciendo el aventurero
De tal maldad es abono :
"Sirvo en esto a mi señor ;
Ni rey quito, ni rey pongo."

No duró más el combate ;
De su rey en lo más hondo
Del corazón la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fratricida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para, agarrarla furioso.

Y la sacó... goteando
¡ Sangre!... De funesto gozo
Retumbó en el campo un viva
Y el infierno repitiólo.

UN EMBAJADOR ESPAÑOL

ROMANCE PRIMERO

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Carlos octavo,
Rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana,.

Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender a la Iglesia
Y de atacar la tiara.

Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.

Así al acto corresponde,
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica,
Que tomó para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
Del Santo Padre, que hallan
Exterminio o servidumbre
En quien amparo esperaban,

Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una regia palabra,

Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud hallaran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia,

Y a merced de sus guerreros

Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles más recurso
Que lágrimas y plegarias :

Lágrimas que el duro pecho
De Carlos, feroz, no ablandan,
Plegarias a que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un Legado
(Porque un Legado acompaña
Para más escarnio y burla
Al Rey que a la Iglesia ataca),

Inerme, abatido, humilde,
A Carlos ruega y demanda
Que a su ambición ponga freno,
Que coto ponga a su audacia;

Si no por respeto al pacto
Celebrado por España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,

Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor, a lo menos,
De la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes,
y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Solios e imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado Monarca,

Cuando de Borbón el Duque,
Gran Condestable de Francia,
Del venerable Legado
Reproduce las demandas,

Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa

Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,

Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre Rey y entre vasallo
Días mismo establece y marca,

Le repite las razones
Que de pronunciar acaba
El digno representante
De la ofendida tiara,

Insistiendo en que recuerde
Que los tratados quebranta,
Que firmó solemnemente
En Perpiñán con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen. nada,
Con el orgulloso Carlos,
Razones, ruegos, plegarias,
Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda., responde,
De cuanto le dicen nada.

ROMANCE SEGUNDO

Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los Católicos Reyes
El noble Embajadores,

Que al Rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier,
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel

Preséntense con modestia,
Pero con el rostro que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.

Al verle, con fatuo orgullo

El cristianísimo Rey,
Que da al Vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,

Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
¡ Oh caballero – le dice –
Llegáis en buen hora, pues

"El venerable Legado
Me habla, y el Duque también,
De un tratado con España
Que lo que encierra no sé."

"Señor – responde Fonseca – :
¿ Cómo ignorarlo podéis,
Cuando en Perpiñán vos mismo
Pusisteis la firma en él,

"Y debajo el regio sello
Puso vuestro Canciller?...
Mas, puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré."

Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó a leer.

Cuando un artículo había
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey :

"Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñán lo firmé
Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener."

Pero cuando otro escuchaba
Interesante también
O al decoro de la Iglesia,
O de Castilla al poder :

"Dadme el tratado, decía,
Dádmelo, Fonseca, pues

Si eso firmé lo desfirmo,
Que enmendar un yerro es bien."

Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desdén,
El pliego le devolvía Diciendo :
"Seguid, leed."

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca
No se pudo contener.

Y "Rey de Francia – porrumpe --,
Si mofaros pretendéis
De mi que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,

"Vive Dios que a tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borráis lo que no os conviene,
Borro y anulo también

"Lo que es a vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved."
Y desgarrando valiente
El respetable papel,

Tiró los rotos pedazos
Del Rey de Francia a los pies,
Y calándose el sombrero
Sin hacer venia se fué.

Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas,
Salió del campo francés.

LA MUERTE DE UN CABALLERO

El noble francés Bayardo,
El insigne caballero
Que nunca mancilló tacha,
Que jamás conoció miedo,

Por la falda de los Alpes
En fuga las huestes viendo
Que al Almirante de Francia
Dió el rey Francisco primero,

Del deshonor de las lises
Furioso su heroico pecho,
Gallardo la lanza empuña,
Riscado revuelve el freno,

Y en los pocos españoles,
Causa de aquel desconcierto,
Se arroja como valiente,
Para morir como bueno.

A pintar su gallardía,
A contar sus altos hechos,
A encarecer sus hazañas,
No basta el humano acento.

En un normando morcillo
Que respira espuma y fuego,
Cuya ligereza es rayo,
Cuyos relinchos son trueno ;

Con un arnés que deslumbra
Del mismo sol los destellos,
Y en parte una veste oculta
De carmesí terciopelo,

Y sobre el bruñido casco,
Dando vislumbres al viento
Un penacho blanco y rojo
Con rica joya sujeto,

Cual águila se revuelve,
Lidia cual león soberbio,
Cual rauda torrente rompe,
Resiste cual risco eterno.

Sólo españoles soldados
Sin ceder pudieran verlo,
Y con él y con los suyos
Trabar combate sangriento.

Más qué mucho, si los rige
Aquel hijo predilecto
De la victoria en Italia,
Marqués de Pescara excelso.

Del noble francés Bayardo,
A pesar de los esfuerzos,
La francesa artillería
Fué de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza
Eran lo más trabado y recio,
Cuando las contrarias huestes
Eran de valor portentos,

Una silbadora bala.
De obscuro arcabuz partiendo,
Trasasó de parte a parte
Al gallardo caballero.

Al caer de los arzones
Con pesado golpe al suelo,
Cuajó la sangre a sus tropas
De sus armas el estruendo,

Y alzaron tal alarido
De dolor y de despecho,
Que por los lejanos valles
Resonó en fúnebres ecos.

Al oír los españoles
Tan lamentable suceso,
La, sangrienta lid suspenden
De asombro y lástima llenos ;

Pues la muerte de un contrario,
De valor insigne ejemplo,
Pena y confusión infunde
En sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones
Cercan al noble guerrero,
Cuya sangre empaña el brillo
Del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega,

De llanto el rostro cubierto,
Y le recoge en sus brazos
Con doloroso respeto.

Sus criados le desarman,
Inténtanse mil remedios,
Mas ¡oh dolor! todo en vano,
Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso,
Y en el último momento,
Después que a Dios pidió gracia
Cual cristiano caballero,

A españoles y a franceses,
Tornando el rostro sereno,
"Por mi Rey y por mi Patria
--Exclamó -- gozoso muero;

"Y ufano de que haya sido
A las manos y al esfuerzo
De soldados españoles,
De honra y de valor modelo,

"Y de la nación más grande,
Que en más alta estima tengo,
De cuantas pueblan la tierra,
De cuantas cubren los cielos."

No dijo más, que la muerte
Convirtió su voz en hielo,
Volando a tomar el alma
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles,
Por honra a tal caballero,
De seguir al Almirante,
Que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,
De lauro inmortal cubierto,
Entregado fué a los suyos
Con justo desprendimiento,

Para que hallara reposo
Tan valiente y noble cuerpo

En su agradeeida patria
Al lado de sus abuelos.

AMOR., HONOR Y VALOR

ROMANCE PRIMERO

El ejército

De trompas y de atambores
Retumba, marcial estruendo,
Que en las torres de Pavía
Repite gozoso el eco,

Porque a libertarlas viene
De largo y penoso cerco
El ejército del César
Contra el del francés soberbio,

Aquél reducido y corto,
Este numeroso y fiero;
El uno descalzo y pobre,
El otro de galas lleno.

Pero el Marqués de Pescara,
Hijo ilustre y predilecto
Del valor y la victoria,
Tiene de aquel el gobierno.

Porque los jefes ancianos
Y los Príncipes excelsos
Que lo mandan, se someten
A su fortuna y su esfuerzo,

Y en él gloriosos campean
Los invictísimos tercios
Españoles, cuya gloria
Es pasmo del universo.

Manda las francesas huestes
El rey Francisco primero,
Que ve las del quinto Carlos
Con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible
Que osen venir a su encuentro
Con tan cortos escuadrones,
Con tan escasos pertrechos,

No a la batalla, al alcance
Prepárase, repitiendo :
"Para la cobarde fuga
Levantán el campamento."

En tanto de él en buen orden
Y en sosegado concierto
(Después de dar a las llamas
Y de hacer pasta del fuego

Las tiendas y los reparos,
Las barracas y repuestos),
Salen a coger laureles
Los imperiales guerreros,

De Nápoles el ilustre
Visorrey al frente de ellos,
En un caballo ruano,
Que es del Vesubio remedo.

Ricas armas refulgentes,
En que dan vivos destellos
Las labores de oro y plata
Del sol naciente al reflejo

Lleva, y sobre el rico almete,
En la cimera sujeto,
Penacho amarillo y rojo,
Que mece apacible viento.

Cien alabardas de escolta
Cércale, delante, enhiesto,
Va su pendón, y le siguen
Personajes de respeto

En el escuadrón segundo,
De un arnés blanco cubierto,
Y de un sayo de brocado,
En un frisón corpulento

Pasa de Borbón el duque :

¡ Lástima, que tan egregio
Príncipe, contra su patria
Y su Rey combata ciego!

Entre los varios señores
Y famosos caballeros
Que le acompañan, descuella,
Por lo galán y lo apuesto,

El joven Marqués del Vasto,
Armado de azules veros,
Con blancas y azules plumas,
Gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño
Que con la espuma del freno,
Escarcha en copos de plata
Los azules paramentos,

Su destreza de jinete,
Con corvetas y escarceos,
Y su agilidad de mozo
Va, presumido, luciendo.

Tras est escuadrón segundo
Y Alarcón a su cabeza,
Cana barba, rostro serio,

Armas fuertes, mas sin brillo,
Corcel alto, duro, recio,
Una reformida lanza
Que empuña, un puño de hierro;

Sin visera ni penacho,
Capacete de gran peso,
Y sobreveste y gualdrapa,
Ambas de velludo negro,

Sin recamadas insignias,
Sin divisas ni embelecós,
Eran, como lo era siempre,
Su simple y marcial arreo.

Siguen tras los hombres de armas
Los escuadrones ligeros,
Y de Cívita-Santángel

El Marqués al frente de ellos.

Joven valiente y gallardo,
Ignorando va risueño,
Que a manos de un Rey, la muerte
Le aguarda a pocos momentos.

Rico y galán sayo viste
De purpúreo terciopelo :
¡Harto pronto con su sangre
Más purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,
Causa de su fin funesto,
Rige las flexibles bridas,
Que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas
Donde desarrolla el viento
Los castillos y leones,
Ya de dos mundos respeto,

Y que adorna la fortuna
De palma y laurel eternos,
Dondequiera que tremolan
En entrambos hemisferios,

La invencible infantería
De los españoles tercios,
En bien formadas escuadras,
Sigue por lado diverso

Descalza, pero contenta ;
Pobre, mas de noble esfuerzo
Tan rica, que a sus hazañas
Es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,
Y de la muerte el desprecio,
En sus ordenadas filas,
De frugalidad modelo,

Y que de vencer seguras
Llenan de coplas el viento,
Con apodos y con vayas
De andaluces a gallegos.

A sus bravos capitanes,
Humildes obedeciendo,
Forman un bosque de picas
Cuyas puntas son luceros,

Y donde los arcabuces,
Preñados de rayo y trueno,
Van pronto a llenar el aire
De humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,
Allí el capitán Cisneros,
Y Santiliana, el alférez,
Y Bermúdez, el sargento,

Y Roldán el sevillano
Extremado arcabucero,
Y mil y mil allí estaban,
Gloria del hispano suelo,

Cuyos inmortales nombres
La fama guarda del tiempo,
Y al pronunciarlo palpita
De todo español el pecho.

Con un limpio coselete,
Del sol envidia y espejo,
Con celada borgoñona
Sin cimera ni plumero,

Y con sus calzas de grana,
Y con su jubón eterno
De raso carmesí, llega
Después de dejar dispuesto

Como caudillo el ataque,
Y como caudillo experto,
El gran Marqués de Pescara
En su tordillo ligero.

En su diestra centellea
Un estoque de Toledo,
Y un broquel redondo embraza
Con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente
De los españoles tercios,
De sus planes y esperanzas
Con gran razón fundamento.

Y con el semblante afable,
Y con el rostro risueño,
Responde a sonoros vivas
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles
Tardos marchan los tudescos,
Que, apiñados, parecían
Muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones
Las águilas del imperio
Ostentan, y lentamente
Las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano
De gran valor y respeto,
Va a su frente en un morcillo
Que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,
Y devoto hasta el extremo,
Con franciscana capucha
El casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan
Y salen del campamento,
Son las banderas de Italia
En pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce
Y una lombarda de hierro,
Son toda la artillería
Para tan terrible empeño.

Son César Napolitano,
Caudillo bizarro y diestro,
Y el capitán Papacodo
Vienen a su frente puestos.

Ya los franceses cañones.

Cuyo número era, inmenso,
Contra estas huestes lanzaba
Muerte envuelta en humo y fuego.

Y ya viva escaramuza
Se iba rápida encendiendo,
Entre avanzados jinetes
Y alentados ballesteros,

Y aun del incendiado campo
Llegan a ocupar sus puestos
A todo correr soldados,
Y a escape los caballeros.

Sólo entre tantos no acude,
Cuando siempre es el primero,
El gallardo don Alonso
De Córdoba, y lo echan menos,

Porque de un noble el retardo
En tan críticos momentos,
Es mucho más reparable,
Porque debe dar ejemplo.

Y por esperarle todos
Miran hacia el campamento,
Donde con grande sorpresa
Ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente
No es ya de las llamas cebo,
Y que aun intacta descuella
Entre el general incendio.

ROMANCE SEGUNDO

La tienda

Entre humo, llamas, cenizas,
Que volando en remolinos
Del abandonado campo,
Al sol ofuscan el brillo,

De don Alonso la tienda
Tiene desde lejos fijos

De la multitud los ojos,
La atención de sus amigos.

Aderezado un overo
Cerca de ella, altos relinchos
Da, y huella y escarba el polvo,
No cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro
Tiene sujeto su brío
Un paje, que también tiene
Un lanzón con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,
A un lado, sentada en rico
Almohadón de terciopelo
Sobre tapete morisco,

Una, gallarda señora
Con semblante dolorido,
Teniendo en sus bellos brazos
Dos hermosísimos niños.

Y de pie, a su frente, un joven
De brillante arnés vestido,
La cabeza, sin almete
Y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos
De aquella dama o prodigio,
Que a las mejillas de nácar
Le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas
Con negligente prendido
Dan más blancura a su frente,
Dan a sus ojos más brillo,

Dan más carmín a sus labios
De amor poderoso hechizo,
Dibujando un albo cuello
Y un seno de ángeles nido;

Pues viendo en él agrupados
A los dos infantes lindos,
El llamarle de esta suerte

No es exagerado estilo.

El mancebo, armado, muestra,
En aspecto y atavío,
De su linaje lo ilustre
Y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso
De Córdoba, que cautivo
De un amor firme, combate
Por salir de un, laberinto.

Del gran Marqués de Alcaudete
Hermano, y aun presuntivo
Herederero, aquella hermosa
Ha tiempo tiene consigo,

Con disgusto y con despecho,
Yo sólo del Marqués mismo,
Sino de otros dos hermanos
Capitanes de gran brío,

Que en las huestes españolas
Con el de Pescara invicto,
Para avalorar su nombre
Ocupan honroso sitio.

La dama, en ilustre sangre
Al joven esclarecido
No iguala, es cierto, mas junta
A los altos atractivos

De la gracia y la belleza,
Del donaire y señorío,
Y de los ojos de fuego,
Y del hablar argentino,

Tal bondad y tal ternura,
Tan cultivado y pulido
Entendimiento, y modales
Tan dulces, matos y finos,

Que de don Alonso tienen
Disculpa los extravíos,
Por prenda en quien tantos dotes
Colocar el cielo quiso;

Pues amor y entendimiento
Y valor, siempre se ha dicho,
Que igualarlo pueden todo:
Y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,
Y para hombre bien nacido
El honor de las mujeres
No es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre
Ya la obligación consigo,
Con Dios y con los sensatos
Se ve en grande compromiso

Don Alonso, caballero
De tan altos requisitos,
Cuando va a exponer la vida
A un inminente peligro

(Siempre solemne momento
En que entra el hombre en sí mismo,
Porque voces que no mienten
Le dan interiores gritos),

Revuelve allá en su cabeza
Mil encontrados arbitrios
Para entre el mundo y el cielo
Encontrar algún camino.

Su pecho es campo en que luchan
Irritados enemigos,
Preocupaciones, afectos,
Miramientos y cariños.
Y con los brazos cruzados,
El rostro helado y marchito,
Desencajados los ojos,
Convulsos los labios f ríos,

Hecha pedazos el alma,
El corazón derretido,
Quisiera que un rayo ardiente
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha

El confuso laberinto
En que se pierde su amante,
Demudado y discursivo,

Creyendo que el amor sólo
Detiene su heroico brío,
En momento en que el retardo
Pone el honor en peligro,

Sollozando : "¿ Qué os detiene,
– Dice –, amado dueño mío,
Cuando las tropas os llaman
Y os espera el enemigo?"

"Volad, que yo no os detenga;
Volad, señor, os suplico,
Vuestro nombre y vuestra fama
Son antes que yo y mis hijos."

De tal labio, don Alonso,
Al escuchar tal aviso,
Que fué del honor espuela
Y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve,
Y dando un largo suspiro,
Como lo da, el que cansado
Sale de un profundo abismo :

"Decís bien, señora – exclama – ;
Mas venid a ser testigo
De que pago cuanto debo
A Dios, a vos y a mí mismo."

Cálase el yelmo ; del brazo
En frenético delirio
Ase a la dama, que aprieta
Contra su seno a los niños.

Sale con ella y con ellos,
Monta en el overo altivo,
Acomoda en la gurupa
A su dama y a sus hijos,

Y hacia el campo de batalla
A escape toma el camino,

En velocidad y en fuego
Rayo o disparado tiro.

Todos cuantos le esperaban
Reconócenlo al proviso,
De que traiga, avergonzados,
Tal embarazo consigo.

La lengua soldadesca
Prorrumpe en picantes dichos,
Pues no hay respeto que imponga
Freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos
De don Alonso, ofendidos,
De enojo y cólera ciegos,
En tierra los ojos fijos,

Temiéndose nueva afrenta
En tal hora y en tal sitio,
Con las viseras esconden
Los rostros escandecidos.

ROMANCE TERCERO

El caballero

Sin templar las flojas bridas,
Ni dar descanso a la espuela,
El ilustre don Alonso
A do están los tercios llega ;

Dando al desprecio las burlas,
Sordo haciéndose a la befa
De licenciosos soldados
Y de dasatadas lenguas,

Ante el Marqués de Pescara,
Que siente tal ocurrencia,
Y que está suspenso y grave
Pone fin a la carrera.

Desocupa los arzones,
A niños y madre apea,
Y con firme acento dice,

Alzándose la visera :

"Marqués de Pescara egregio,
Pues circula en vuestras venas
Sangre tan noble y cristiana 4"~
Como el mundo reverencia,

"No extrañaréis el que un noble,
Que de cristiano se precia,
Sus obligaciones cumpla
Y satisfaga sus deudas ;

"Ni que un valiente soldado
Que a combatir marcha, quiera
Para entrar con más empeño,
Dejar mayores riquezas.

"Ni que tranquila su alma
Al lance llevar pretenda,
Porque si es del valor centro,
Mayor valor hay en ella.

"Yo estoy obligado y debo,
Mil bienes se me presentan
Que asegurar, y mi alma.
La tranquilidad anhela.

"Bajo vuestro patrocinio
Cumpla, pues, pague, enriquezca,
Mi alma tranquilice, y obre
Según Dios y mi conciencia.

"Al capellán que os asiste
Mandadle, señor, que venga,
Y que me case ahora mismo
Aquí con doña Teresa.

"Y bendecido mi enlace,
Estos dos ángeles sean
Hijos legítimos míos,
Purgados de toda afrenta,

"Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza."

Calló; y el Pescara insigne
Y los jefes que le cercan,
Conmovidos y admirados,
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellán al punto
En una mula ; se apea,
De don Alonso elogiando
Acción tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
Cunde con la extraña nueva,
Porque una acción generosa
Tiene mágica influencia

Y un ejército, testigo
Siendo de la boda, hecha
Fué con los sagrados ritos
Que a sacramento la elevan.

Desmábase la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que a entrambos niños
Contra. la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,
Pescara los brazos echa.
Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.

El ejército, de vivas,
Admirado el aire llena.
Vienen las amigos todos,
Todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entonces
Ya no tienen resistencia
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos lo estrechan ;

Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan a su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.

De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando, en aquel momento,
Que a un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen :
Don Alonso, activo, ordena
A su esposa y a sus hijos
Retirar de allí a gran prisa ;

Porque ya silban las balas,
Y ya cruzan las saetas,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña ;

Y cabalgando ligero,
La lanza en la cuja puesta,
Vuelto al Marqués de Pescara
Dice así con voz resuelta:

"Por uno antes combatía,
Porque uno tan solo era,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea :
"Por mí, por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta:
Vos veréis, caudillo excelso,
Si sé hacerlo, aunque perezca."

Revuelve el potro, la lanza
En el ristre a punto puesta,
Y en lo más trabado y recio
Entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos;
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo día,
Que a España de gloria llena

Fueran tales, que lograron
Aplausos y recompensas,
Y en el clarín de la fama
Nombre inmortal, gloria eterna.

LA VICTORIA DE PAVÍA

(Al Sr. D. Mariano Roca de Togores)

ROMANCE PRIMERO

Pescara y los españoles

De la sitiada Pavía,
Desde las gigantes, torres
Que el bravo Antonio de Leiva
Guarda con sus españoles,

Entre nubes de humo y polvo
Do arcabuces y cañones,
De rayos llenan el aire,
De truenos el horizonte,

Se ve la horrenda batalla
En que disputan feroces
Francisco y Carlos el cetro
De Italia y de todo el orbe,

Dos veces más numerosos
Los franceses escuadrones
Son, que los que allí combaten
De Carlos Quinto en el nombre

Y aquéllos a su cabeza,
Con lo que va! en el doble,
Tienen a su rey Francisco,
Monarca de excelsos dotes.

Pues en valor y destreza,
Y en caballeroso porte,
Quien le exceda y sobrepuje
El mundo no reconoce.

Al ejército del César,
Si la ventaja nególe
El cielo de ver al frente
A su soberano entonces,

Le dió la de que lo rija
El aventajado y noble
Marqués de Pescara invicto,

Guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso
Y viene de galas pobre,
También con la fama cuenta
De los tercios españoles.